

**Dominique Joly**

**He combatido hasta el alba**  
San Francisco se confía a sus compañeros

Colección Hermano Francisco nº 77

Título original: *J'ai combattu jusqu' à l' aube*

© Éditions Salvator, París, 2018, Yves Briend Éditeur S. A.

Título edición española: *He combatido hasta el alba. San Francisco se confía a sus compañeros.*

© Ediciones Franciscanas Arantzazu, 2021

Imagen de portada: Interpretación de Piero Casentini del fresco "Francisci ad mensam" descubierto en San Damián durante la restauración de 1991

Traducción: Eugenio Martínez

Revisión: Ángel Fernández de Pinedo

Maquetación: Aitor Sorreluz

ISBN: 978-84-7240-331-4

Depósito legal: D 01189-2021

Imprime: Gráficas Astarriaga, Abárzuza (Navarra)

Ediciones Franciscanas Arantzazu

Castillo de Villamonte, 2 - 4º. 01007 Vitoria – Gasteiz

Tel. 945 147224 – [info@edicionesfranciscanasarantzazu.com](mailto:info@edicionesfranciscanasarantzazu.com)

[www.edicionesfranciscanasarantzazu.com](http://www.edicionesfranciscanasarantzazu.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra: [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) - Tel. (34) 91 702 19 70

Al papa Francisco,  
un jesuita muy franciscano que,  
como a san Francisco,  
le gusta volver al evangelio.

## Índice

Prólogo.....	7
Primer libro del hermano León.....	9
Libro del hermano Iluminado .....	33
Libro del hermano Mateo .....	57
Libro del hermano Elías .....	91
Segundo Libro del hermano León .....	113
Epílogo.....	159
Las fuentes .....	167
Los cuatro libros .....	171
Agradecimientos .....	173
Índice.....	175

## Prólogo

¡Un libro más sobre san Francisco de Asís! Como si no hubiera ya suficientes: con ellos se podrían llenar bibliotecas enteras.

¿Por qué he caído en la tentación? No soy ni especialista en historia de esta época, ni escritor, ni teólogo. Precisamente, existen numerosas obras especializadas, muy bien documentadas. Pero no están al alcance del no iniciado. Quizás el acompañamiento de grupos de peregrinos me ha ayudado a precisar poco a poco la manera de presentar a san Francisco a quienes no lo conocen o lo conocen poco. Me ha parecido importante intentar traducir, para el lector de hoy, lo que él nos ofrece en el sentido espiritual, y decir en qué nos concierne de cerca. He pretendido dar cuerpo a acontecimientos que nos parecen muy lejanos.

Por otra parte, el tema —los combates llevados a cabo por san Francisco— no se ha tratado muchas veces. Todavía se le representa con demasiada frecuencia de manera romántica como un gentil y excéntrico soñador predicando a los pájaros que le escuchaban con devoción.

Pero esto no es así. En primer lugar, Francisco de Asís, como muchos de los que han dejado su huella en la historia — pensemos en san Pablo —, no debió tener un carácter muy fácil. Cuando él se disfraza de mendigo, un día de Navidad, y llama a la puerta del eremitorio de Greccio pidiendo un poco de pan y de agua, y se sienta en tierra para comer, es precisamente para echar una reprimenda a los hermanos de manera hiriente, no muy fraterna, para reprocharles que coman como ricos. Con frecuencia, su vida estuvo jalonada de acontecimientos difíciles, como se propone mostrar este libro. Luchó, en primer lugar, con armas, solidarizándose con las causas de su tiempo; después, su combate se volvió interior, espiritual. Este punto de vista resulta muy cercano a nuestros contemporáneos, que se tienen que enfrentar, también ellos, a desafíos difíciles de afrontar: la justicia, la paz, la ecología, la libertad interior.

He optado por el género de la novela histórica. En los libros de historia se encontrarán los datos, los lugares, los acontecimientos, los personajes mencionados aquí. Pero quien dice novela, dice ficción: se desarrollan e interpretan algunos acontecimientos; se imaginan personajes y situaciones. Intento permanecer en el terreno de lo verosímil. Los especialistas podrán poner en duda ciertas interpretaciones, evidentemente. Es el riesgo que corro. Y, dentro de unos años, las investigaciones históricas llegarán a ser más precisas en ciertos temas; tanto mejor, si eso nos permite conocer mejor a san Francisco.

## Primer libro del hermano León

Yo soy el hermano León. Por lo general, se me conoce al menos de nombre, pues fui el secretario del hermano Francisco durante los últimos años de su vida. Soy unos quince años más joven que él, aproximadamente. Procedo de los alrededores de Viterbo. Mi ciudad conoció un concilio convocado por el papa Inocencio<sup>1</sup>. A su llegada a la ciudad, el señor papa promulgó un decreto contra los patarinos<sup>2</sup>, que se marcharon todos de la región. Mi padre me hizo estudiar, de tal modo que leo y escribo con facilidad. Esta capacidad es una bendición pues, en nuestra fraternidad, hay muchos hermanos iletrados. El hermano Francisco también sabe leer y escribir muy bien; ¡aunque él se llama ignorante! Cuando tiene que escribir una carta o cualquier otra cosa, prefiere dictarlo a un secretario, para concentrarse mejor en el contenido de lo que quiere transmitir. Supongo que está contento con mis servicios, pues, con frecuencia, me pide acompañarlo en sus desplazamientos. También fui con él y con otros hermanos a Oriente.

---

1 Inocencio III (1160-1216), papa en 1198.

2 Movimiento considerado como herético que se levantó contra las desviaciones de la Iglesia.

Adopté la nueva vida religiosa propuesta por el hermano Francisco y los primeros hermanos, porque me pareció muy buena y porque responde perfectamente a las aspiraciones del pueblo. Mi padre quería desviarme de esta vocación: “Mejor entra, me decía él, en una orden experimentada y sólida, como los Benedictinos”. Pero me mantuve en ella. Finalmente, mis padres aceptaron mi decisión. Muchos jóvenes se hicieron monjes. Haciendo esto, abandonaban el mundo. Ciertamente, los monasterios acogían a los necesitados para ayudarlos. Pero nosotros, los hermanos, podemos ir a predicar en las ciudades y en los pueblos. Ayudamos también en el cuidado de los leprosos, generalmente allí donde ya otros religiosos los atienden.

El hermano Francisco me llama frecuentemente “Pequeña ovejuela de Dios” y dice que soy inocente como una paloma... Interpreto, por esta forma de hablar, que tiene confianza en mí. Es verdad que he llegado a ser como su confidente.

Pidió que yo fuese ordenado sacerdote. Después de mi ordenación, me hacía observaciones sobre mi manera de decir la misa. Con frecuencia, quería que lo escuchase en confesión. Por eso, naturalmente, no puedo revelar todo lo que él me dijo.

## I

Cuando le preguntaba, el hermano Francisco evocaba su juventud y cómo había cambiado su vida.



«¿Sabes?, he conocido muchas veces la guerra. La primera vez, tenía 17 años<sup>3</sup>. Los burgueses de Asís se reunieron y fomentaron una revuelta. Se preguntaban cómo liberarse de la tutela del emperador, Federico Barbarroja<sup>4</sup>, que había sitiado y conquistado la ciudad. Decía que Asís le pertenecía por derecho. Al marchar para la Cruzada<sup>5</sup> la regencia había pasado a su hijo Enrique. Este, a raíz del anuncio de la muerte de su padre, le había sucedido en el trono imperial. Yo no había conocido otro gobierno. Mi padre recibía con frecuencia amigos en casa.

»Enfurecido decía: “No terminamos nunca de pagar los impuestos y las tasas; ¡siempre quieren más! ¡Hay que enviarlos al lugar del que vienen, esos bárbaros!”

»En esta época, algunos clérigos apoyaban secretamente las reivindicaciones. Las gentes se ponían a soñar en un gobierno comunal, libre e independiente, como había sucedido ya en muchas ciudades. Pero la mayoría de ellos vivían con miedo.

»Conrado de Urslingen<sup>6</sup>, ya duque de Espoleto, hombre de confianza de Federico, a quien este último había confiado el poder de nuestra ciudad, dándole incluso el título de conde de Asís, regentaba con mano de hierro la fortaleza de la Rocca, do-

---

3 1198.

4 Federico I de Hohenstaufen (1122-1190), conocido como «Barbarroja», emperador del Sacro-Imperio romano germánico en 1155. Partió en 1189 con Felipe-Augusto y Ricardo Corazón de León a la tercera Cruzada. Su muerte por ahogamiento en Anatolia permanece rodeada de misterio.

5 Tercera Cruzada (1189-1192).

6 Muerto hacia 1203.

tada de una guarnición suficiente. Los hombres de armas, soldados<sup>7</sup> la mayoría, hacían dura la vida al pueblo. Cuando pasaban por las calles, las gentes se escondían. Forzaban las puertas de las casas y se llevaban lo que querían. Se atiborraban y bebían como bestias. Cuando se presentaba la ocasión, abusaban de las jóvenes. Las cosas habían empeorado con la sucesión en el trono de Enrique. La justicia era frágil. Un simple hurto enviaba a la horca a pobres miserables que habían robado un poco de pan para alimentarse. En los negocios patrimoniales se favorecía a los nobles. Habiéndose puesto del lado del poder imperial, sacaban ventaja de la situación, usando sus privilegios para expoliar al pueblo.

»Por mi parte, con la despreocupación de la juventud, me decía que una ciudad liberada sería garantía de libertad; las riquezas se repartirían entre todos. No habría ya pobres. ¡Cómo me equivocaba! No veía cómo la lepra de la desunión iba a dividir a nuestra comunidad. Después de todo, algunos nobles permanecían rectos, y algunas personas del pueblo se alejaban del buen camino.

»Por fin, los burgueses se organizaron con gran secreto. Se procuraron armas. La mayoría sólo disponía de hoces, de hachas, o de mazas. Solamente los más ricos habían podido procurarse espadas y verdaderos equipamientos militares. Yo formaba parte de la rebelión. Avisados de la ausencia de Conrado, nos lanzamos al asalto de la Rocca. Nosotros, los jóvenes, cantábamos con voz atronadora. Estábamos seguros de la victoria. Pero se necesita-

---

<sup>7</sup> Hombres que recibían un sueldo; por tanto, mercenarios.

ron varios días para que el capitán que gobernaba la guarnición en ausencia de su señor se rindiera, estimando que la suerte estaba echada: no había suficientes víveres para soportar un largo asedio, y nadie con quien poder contar como refuerzo exterior. A su vuelta, el duque, a quien habían obligado a entregar la ciudad de Espoleto, no tuvo otra opción que firmar la rendición. La Rocca fue demolida. No quedó sino un montón de piedras. El duque quería entregar las llaves de la ciudad al papa, pero los Asisienses se opusieron a ello con fiereza. Cuando los hombres de armas salieron de Asís, fueron abucheados por la multitud e incluso apedreados. Los nobles de Asís que habían disfrutado del poder imperial también tuvieron que marcharse, temiendo las represalias. Otros se alejaron de Asís temporalmente por prudencia. La mayoría se unió a Perusa, que era de la facción contraria<sup>8</sup>.

— ¡Deberíais estar contentos de esta victoria!

— Nosotros estábamos locos de alegría. Mis compañeros y yo organizamos una fiesta para celebrar el acontecimiento. Para nosotros era como un renacimiento... ¡Al fin, libres! ¡A los nobles no les quedaba sino permanecer tranquilos! ¡Se terminaron los privilegios! Pero, de hecho, las desgracias solo habían comenzado. Eufóricos por su victoria, algunos asisienses se convirtieron en bandidos, cometiendo extorsiones contra los nobles de la región, quemando los castillos, saqueando las viviendas. Las rutas y los caminos se volvieron peligrosos. Se podía ser desva-

---

<sup>8</sup> Asís era gibelina, mientras que Perusa era güelfa. Esta rivalidad dividió profundamente a Italia en esta época.

lijado e incluso matado por una pequeña mercancía. Era peligroso desplazarse solo. El comercio se resintió en gran manera por la situación. La pobreza y la miseria se dejaron sentir, sobre todo entre las gentes de baja condición.»

## II

Otro día, el hermano Francisco me contó otros acontecimientos, más dramáticos.

«Yo estaba todavía loco. Queríamos enfrentarnos con Perusa, nuestra ciudad vecina. La ocasión se nos presentó en torno a mis veinte años<sup>9</sup>, pues los nobles de Asís que habían tenido que huir querían también su revancha. Yo soñaba con la victoria y con la gloria.

»Todos los combatientes reunidos delante de la catedral hicieron juramento de luchar por Asís con toda lealtad. El obispo nos dio la bendición. Los estandartes flotaban en el aire vivo y fresco de la mañana. El de san Rufino, el patrono de nuestra ciudad, abría la marcha. Las gentes nos miraban con curiosidad. Las madres enjugaban con disimulo una lágrima. Los padres tenían un sentimiento, mezcla de fiereza y de aprensión. Los otros aclamaban, aplaudían para darnos ánimo. Abandonamos la ciudad por la puerta de san Pedro.

»Nos dirigimos hacia la ciudad enemiga. Nuestro jefe era un caballero, Da Fabriano. Venía a apo-

---

9 1202.